

## CAPÍTULO X

EN MADRID

Vamos á encontrar á algunos conocidos de los que estamos ausentes hace algún tiempo, lector amigo, pero á los que, según creo, no has olvidado.

Entremos de nuevo en la calle del Noviciado, y después en la modesta casita que habitó Dolores en compañía de sus padres, y que aún habita el pintor Antonio Benavides con su esposa y sus hijos.

Ya se han cumplido los dos años que faltaban para que Luciano Ponce de León, primo de Berta y de Rita, acabase su carrera de abogado.

Ha llegado el día de la boda con Modesta, que fiel y tranquilamente le ha esperado bajo la sombra de sus buenos padres, y en medio de las ocupaciones de una vida laboriosa.

Modesta ha cumplido ya diez y ocho años; Luciano, veintisiete. Los dos se conocen y se aman

lo bastante para estar seguros de ser dichosos siempre en una vida común.

He aquí la base de todos los enlaces felices, que, por más que se diga lo contrario, dan envidia, y no poca, á todos los que hallan en distracciones culpables un lenitivo á los disgustos del matrimonio.

El día mismo del casamiento, que debe celebrarse á las ocho de la noche, Modesta y su madre, levantadas desde el amanecer, se ocupan en arreglar en dos grandes cestos una crecida cantidad de loza blanca, comprada el día anterior para el servicio de mesa de los novios.

Nada ha cambiado en aquella pacífica morada; sólo el piano ha desaparecido, pues siendo comprado para Modesta, su padre lo ha hecho colocar en su casa, á pesar de la resistencia de los novios, que decían que era muy justo que quedase para Cesarina.

—No—observó el padre:—Cesarina tendrá pronto un piano alquilado, y de aquí á un año tendrá otro que yo compraré. No es justo, hija mía, que porque te cases dejes perder tu habilidad: debes, por el contrario, emplearla ahora para complacer y distraer á tu marido. Un piano es un amigo doméstico: es el amigo de las veladas, y

no pocas veces el consolador de las tristezas, porque, por dichoso que uno sea, nunca le faltan ocasiones de sufrir.

El piano fué, pues, conducido á la casa de los novios, situada en la plazuela de Santo Domingo.

Modesta acabó de arreglar las últimas tazas en el gran cesto que esperaba la criada, y se levantó.

Entonces pudo verse su graciosa talla y las lindas proporciones de su cuerpo.

Su hermosura había perdido el sello indeciso de la adolescencia, desapareciendo á la vez algo de su carácter vago é inocente: ya no era linda, sino bella; pero había tal armonía en sus facciones y era tan simpática y tan amable, que se olvidaba que pudiera ser más hermosa.

—Mamá—dijo á Elena, que estaba acabando de llenar el otro cesto,—voy con Tomasa para ver cómo coloca todo.

—¡Qué empeño!—exclamó su madre;—¡si es ya casi la hora de almorzar, y Luciano va á venir! Lo mejor será que lo deje Tomasa de cualquier modo ahora, y luego iremos las dos á arreglarlo.

Modesta, acostumbrada á obedecer, se resignó y aun pareció contenta con lo que se le prometía.

—¿Qué hay de extraño en que desee ver su ca-

sita?—preguntó el padre:—yo lo hallo muy natural. Vamos, hija, yo te acompañaré.

Modesta miró á su madre, perpleja y sin atreverse á admitir.

—Vé—le dijo ésta,—y volved pronto para almorzar.

Modesta entró en su cuarto, cambió su bata de mañana por un sencillo traje, cubrió sus cabellos con una mantilla, y se asió del brazo de su padre.

—Enviadme al instante á Tomasa—dijo Elena:—la necesito aquí.

—¡Yo quisiera ir con papá y Modesta!—dijo Cesarina.

—¡Y yol—dijo Federico á su vez:—¡es tan bonita la casa de Modesta!

—Ustedes se quedan conmigo—respondió Elena:—¡no faltaba más sino que me dejaran sola! Tú, Cesarina, te entretendrás en colocar los postres; y tú, Federico, en hacer dos ramilletes para la mesa.

—¡Pero si la comida no es hasta después que se casen!—observó la niña.

—¿Qué importa? *Hacienda hecha no trae prisa.* Además, después tienes que ayudar á Teresa á poner la mesa: ya sabes, ocho cubiertos: los novios, doña Tecla y don Atilano, vosotros dos, tu

papá y yo. Á ver si hoy te luces, y recuerdas las lecciones que te he dado; sobre la mesa del comedor lo tendrás todo; pero la colocación es cosa tuya.

—¿De modo—dijo Federico—que doña Angustias se quedará sola en casa?

—¿Cómo ha de venir, si está paralítica?—observó juiciosamente Cesarina.

—Hasta luego, mamá—dijo Modesta dando un beso á su madre.

—Que no tardéis, Antonio—advirtió Elena:—son las once; á las doce á almorzar: ya sabes que no me gustan los retardos; además que no es regular que Luciano se halle sin vosotros.

Modesta y su padre salieron seguidos de Tomasa, que iba cargada con la loza.

—¿De modo—observó Federico volviendo á su tema anterior—que porque la pobre señora esté así... impedida, se ha de quedar sola en casa?

—¡Qué pesado es!—exclamó Cesarina mirando á su madre.

—Esa insistencia honra mucho á tu hermano para que yo se la reprenda—dijo la buena madre:—se compadece de una mujer desgraciada, y la compasión es una virtud.

Luego, volviéndose á su hijo, añadió:

—Tranquilízate: doña Angustias no se quedará sola.

—¿Pues quién irá á acompañarla?

—Vicenta.

—¿La hija del tío Vicente, que fué nuestro portero?

—La misma.

—¡Pues si ella misma ha dicho mil veces que doña Angustias era una mala mujer!—observó Cesarina, que sentía su derrota y el que dieran la razón á su hermano.

—No lo dudo: lo diría cuando estaba lejos de aquí y la creía buena y sana; pero así que la ha visto enferma y desvalida, ya no dice nada, sino que va á cuidarla y á hacerle compañía cuando doña Tecla y don Atilano tienen precisión de salir.

—¡Y qué mal genio tiene doña Angustias!—observó Cesarina.

—Como todos los enfermos—repuso Federico.

—*Dijolo Blas, punto redondo*—exclamó la niña.—Tú en todo te has de meter: ¡qué ridículo es eso en un chiquillo de la estatura de un perro sentado!

—¡Mira la granadera, que tiene que ir cantando para que no la pisen, porque no se la ve!—replicó el hermano mayor muy picado.

—Tampoco me meto á hacer de maestra como tú; y si no, vamos á ver: papá ha estado muy malo; pues á ver si tenía el genio de esa doña Angustias, que sólo de verle la cara da miedo.

—Todos los genios no son iguales, y todos los padecimientos tampoco.

—Es claro: tú de todo entiendes.

—Hijos míos—dijo la buena madre volviendo la cara, y haciendo desaparecer de sus facciones la propensión á la hilaridad que antes se veía en ella:—es cierto que todos los males son *males*; también lo es que unos son más dolorosos y terribles que otros; pero es una verdad incontestable que, según el carácter de una persona, así sufre más ó menos.

Nada conseguiríamos dejándonos llevar de la desesperación en medio de nuestras dolencias: la ira enciende la sangre, y las aumenta de un modo considerable; la fiebre arde en las venas; la razón se pierde; y, como he oído decir varias veces al señor Vicario de San Marcos, siempre que uno se deja dominar de la ira, hay que sufrir sus consecuencias.

Hay otra cosa además, que hace llevaderas las enfermedades: la paz de la conciencia; una persona buena, caritativa y piadosa, que se ve en-

ferma, puede decir: «Dios quiere probarme: hágase su santa voluntad». Á doña Angustias debe hacerla desgraciada, en medio de sus males, la certidumbre de haberlos merecido, porque así ha sido en efecto: su carácter ha hecho siempre la desgracia de todos los suyos: de su marido, que, según he oído, era bueno; de sus cuñados, que son dos personas excelentes: hace dos años que dejó su compañía, y se fué no sabemos dónde, porque de nadie se despidió; cuando la salud le faltó y se vió sin ningún recurso, volvió al lado de los suyos, que la recibieron completamente parálitica, del mismo modo que la habían recibido buena y sana al enviudar.

Pero ya está aquí Tomasa de vuelta: ayudadla para que prepare lo antes posible el almuerzo.

En tanto que la madre razonaba así con sus dos hijos pequeños, la mayor, con su padre, se extasiaba en su modesto, pero limpio y primoroso nido nupcial.

De común acuerdo, se había alquilado para los novios un cuarto bajo en una casita nueva.

Lo primero que se había procurado había sido por un despacho para Luciano, de aspecto elegante y con buena luz: ésta había sido la única exigencia de la novia.

El novio, por su parte, sólo pensaba en que Modesta tuviese un lindo tocador, y una bonita sala para que se dedicase á sus labores.

Una y otra cosa se habían conseguido, como se consigue casi siempre lo que es bueno y justo.

El despacho era primoroso: se había amueblado con objetos de caoba, tapicería de cuero de Rusia, y algunos bustos de bronce de gran mérito.

Una buena alfombra, y delante de la ventana cortinas de lana y seda verde, acababan de darle un aspecto severo y distinguido á la par.

La alcoba nupcial era de lo más lindo que puede imaginarse: estaba tapizada de una tela de seda, á listas azules y blancas; dos camas doradas, separadas por una mesita de noche, de caoba, con tablero de mármol blanco, lucían sus cobertores y sus cortinas de muselina, con viso azul; una graciosa lámpara, que formaba un ramo de flores, pendía del techo por medio de un cordón de seda también azul; una cómoda de palo santo, antigua, comprada de lance; un elegante lavabo, y un sillón bordado en tapicería por Modesta y Cesarina, con grandes ramos de flores sobre fondo azul, completaban el mueblaje de aquella habitación, que, como dice una escritora francesa debe ser la más cuidada y graciosa de la casa.

Un Crucifijo y un cuadro al óleo que representaba la Virgen de la Esperanza, se elevaban entre los dos lechos; y debajo de las sagradas imágenes, enlazados con una cinta de raso de color de rosa, se veían una palma pequeña y un ramo de romero bendito.

Á los pies del lecho de Modesta, y cubierta con un tapiz de damasco azul, había una puertecita que llevaba á su tocador.

Éste era muy sencillo: una mesita vestida de muselina blanca, con transparente de color punzó, ocupaba el testero principal, y sostenía un espejo ovalado con marco tallado de madera negra; sobre la mesa se veían cajas, frascos elegantes, y esos objetos delicados y graciosos que tanto estiman las jóvenes.

Delante de la ventana, que era muy baja, dos macetas, de loza blanca, ostentaban, la una un rosalito té, y la otra un jazmín, galante atención de Luciano hacia su bella prometida.

Un divancito de seda punzó y dos ó tres pequeños sillones, completaban aquel sencillo mobiliario. Á un lado de la puerta había un ropero; al otro un mueblecito para guardar encajes, joyas, guantes y cintas.

Los dos rincones se hallaban ocupados por dos

pequeños aparadores, cargados de exquisita perfumería y de cajas de horquillas, de alfileres y de peines.

Modesta fué ante todo al comedor, que era muy reducido: estaba éste amueblado con seis sillas de rejilla y una mesa pulimentada, sobre la que caía una lámpara muy sencilla; en la pared había un armario que fué donde Modesta empezó á colocar la loza blanca, que le había comprado su madre, con gran cuidado y simetría.

—Mientras yo hago esto, papá, anda tú á dar un vistazo á la sala de recibir—dijo Modesta,— y dime si te gusta: esa, mi tocador y el despacho, los ha amueblado á su gusto Luciano; el dormitorio, el comedor y su cuarto de vestir se han decorado al mío.

El pintor entró, y se sonrió con placer al aspecto de la salita: cuatro cuadros, pintados por él con gran esmero y perfección, ocupaban los cuatro principales lados de la pared; una sillería de seda color de paja le daba el más risueño aspecto; una bonita mesa sostenía un espejo ovalado, y dos jarros de bronce y porcelana, de forma antigua, ostentaban dos bellos ramilletes de flores.

Cortinas blancas y bordadas caían delante de los balcones, pendientes de pasadores de caoba;

33861

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

en cada rincón se elevaba, sobre una pilastra, una bella copia de escultura, ejecutada en yeso obscuro imitando el bronce.

Por último, una lámpara, rodeada de bujías, pendía del techo, ostentando en el centro un ramillete de margaritas y primulas azules.

—¡Qué linda sala!; ¿no es cierto, papá?—preguntó Modesta, que había llegado callandito, echando sus brazos al cuello de Benavides con un movimiento lleno de alegría.

—Muy linda—respondió el pintor.—Su vista me llena de gozo y de tristeza á un tiempo: de gozo, porque ella me promete que serás feliz; de tristeza, porque voy á perderte, hija mía. ¡Ah!; ¿por qué no puedes vivir siempre á mi lado?

## CAPÍTULO XI

### LA BODA

Á las siete de aquella tarde, y en tanto que el digno Vicario de San Marcos hacía encender las luces y colocar sobre el altar lindos ramos de flores frescas, Modesta, ayudada de su madre y de su hermanita, se ocupaba de su *toilette* de novia.

La buena de Elena procuraba en vano reprimir sus lágrimas. Nunca viste una madre á su hija por la última vez, sin sentir una profunda pena dentro de su alma.

Afectada igualmente Modesta, sentía también las lágrimas en los ojos.

El cuarto de la joven, que había ocupado siempre en compañía de su hermanita, era el que servía de tocador. En pie, delante de su espejillo de soltera, le abrochaba su madre un blanco traje de muselina muy sencillo, pero que marcaba todas las perfecciones de su talle.

Después que le tuvo ajustado, Cesarina trajo una rosa blanca y una rama de azahar, y la mis-

ma Modesta las colocó entre las trenzas de sus hermosos cabellos castaños.

Un velo blanco, de tul, completó el atavío de la novia, que recibió de manos de su madre unos guantes blancos y un precioso abanico de nácar.

—Éste es regalo de la Marquesa—le dijo procurando hablar con voz firme:—hace poco rato, y en tanto que tú te peinabas, han llegado sus regalos y esta carta para ti, que tu padre y yo hemos leído ya.

Modesta la abrió á su vez, y leyó lo que sigue:

«Mi querida primita (permíteme que te dé este nombre): He llegado de Italia hace algunas horas, con mi esposo y mi hijo, á tiempo para ser la madrina de tu boda con Luciano: mi primer cuidado ha sido ir á ver á mi pobre Lágrimas al pueblo donde se cría, y me he quedado sorprendida: se ha robustecido mucho, y promete ser, si no bonita, al menos muy graciosa. ¡Pobrecita! tú la amarás también, porque, como yo, has sido amiga de su madre.

»Cumplido ya este deber, me apresuro, Modesta mía, á enviarte una memoria, modesta como tu nombre, como tu carácter y como tus costumbres: es un pequeño aderezo de perlas,

que he llevado yo; otro de coral de Nápoles comprado allí para ti, dos trajes de poco valor, algunos encajes, y un abanico muy sencillo: acéptalo todo como un recuerdo mío, y úsalo pensando en mí.

«El Marqués y yo estaremos en tu casa á las siete y cuarto. Creo que tu buena madre, al ver que tardaba en escribir, habrá ya buscado otros padrinos; pero cualesquiera que ellos sean, deben cedernos el sitio á nosotros, que ya dijimos á Luciano que queríamos serlo.

«Adiós; te abraza hasta muy pronto tu prima

BERTA.»

Al acabar de leer Modesta la firma de la Marquesa, se oyó detenerse á la puerta un carruaje.

—Ya están aquí—dijo Federico.

—¡Ay, mamá!—exclamó la novia.—¿Y van á comer aquí esos señores?

—Es lo natural—respondió Elena,—y en ellos nos complaceremos todos.

—¡Pero si no se había contado con ellos!

—No está la comida tan escasa que no puedan participar de ella.

—Pero ¿y el servicio? ¡Dios mío!; ¿qué van á decir?

—El servicio dará de sí, como la comida, para dos personas más.

—¡Pero unos Marqueses! ¡Qué mal vamos á quedar!

—Hija mía—respondió gravemente la madre, —nunca quieras parecer más de lo que eres, porque esto conduce infaliblemente al ridículo; más vale aparentar un poco menos. Los Marqueses de Villafiorida saben que tu padre es un pobre artista; su primo, al elegirte, lo sabía también: sólo tenemos, pues, la obligación de vivir con decencia, pero no con lujo: eso se queda para ellos, que son ricos. El áseo es el lujo de los pobres, y ese lo encontrarán en la humilde casa de tus padres. Nunca te dejes llevar de esa ridícula vanidad que cree deber vasallaje al lujo y á la ruinoso ostentación; semejante modo de obrar disgusta á los altos personajes, porque creen que se les quiere igualar; disgusta á nuestros iguales, que lo toman á menosprecio; y disgusta, por fin, y provoca la envidia de los que son más pobres que nosotros. Esto que te digo, hija mía, lo he observado siempre, y siempre he sido respetada y estimada. No pases pena por esas pequeñeces, que son mezquindades de la vida: esas son las penas buscadas, las más dolorosas y las que nadie com-

padece. Tus futuros primos, estoy segura de ello, comerán con el mayor gusto en nuestra loza blanca y sencilla, y si no, peor para ellos, pues serán vanidosos y pueriles. Nadie tiene el deber de ofrecer más que lo que posee, ni de caer en el desorden de las deudas por complacer ó acatar la vanidad de los otros.

Modesta guardó silencio. Su madre prosiguió:

—Modesta mía, los consejos que te doy están basados en la experiencia. Tú eres lo que yo era al casarme: una joven sencilla y buena, sin pretensiones de ningún género, ni otra ambición que la de ser amada de tu marido y hacerle dichoso; pero yo no tenía que luchar con el escollo que te ofrece á ti la suerte: yo era hija de un maestro de música, y me casé con otro artista, tan pobre como yo. Apenas he tenido relaciones, y, desde luego, no he tenido ninguna amiga; he vivido siempre ignorante y feliz, entregada á los cuidados de mi casa, y amando á mi marido y á vosotros; tú... es diferente: te casas con un hombre de clase elevada; has de tratar con gente elevada también; como el esposo es *el que hace linaje*, tú has de dejar el modesto apellido de tu padre por el ilustre de Ponce de León; y á pesar de todo esto, tu posición en el mundo, hija mía, va á ser

mucho más difícil que la de tu madre; porque si tu posición es buena, tus haberes serán tan modestos y más que los que me daban á mí el trabajo de tu padre y el mío reunidos.

Éste es el escollo terrible de la clase media: su buena educación, sus hábitos, sus gustos, sus aspiraciones, están al nivel de la alta clase; sus medios de subsistencia son exiguos, casi nulos, comparados con los de aquélla. Pues bien, hija mía: es preciso hacer callar á los caprichos de la imaginación; es preciso que tengas resignación y valor para ceñirte á tus medios de fortuna, sin desear más que aquello que puedas alcanzar; es preciso que, si posees diez, gastes sólo seis y guardes cuatro para una enfermedad, una época que tu marido tenga la desgracia de carecer de trabajo, ú otras mil de las tristes eventualidades de que está sembrada nuestra vida: que la templanza presida siempre todas tus acciones, y es el mejor modo de que seas dichosa.

Modesta escuchó todas estas prudentes amonestaciones, con la atención religiosa que siempre que la hablaba concedía á su buena madre. Esta sencilla mujer, que el gran mundo hubiera llamado vulgar si la hubiera recibido en su seno, había sabido hacerse dueña del corazón de sus

hijos desde que la razón de éstos empezó á despuntar.

—Mamá—dijo Modesta abrazándola,—haré siempre lo que tu cariño me previene, y no pasará un día de mi vida sin pedirte consejo y ayuda: de esta suerte seré dichosa, porque no me apartaré del buen camino.

Madre é hija volvieron á abrazarse y mezclaron sus lágrimas: lágrimas dulces y que tenían su origen en el amor que entrambas se profesaban.

Aún se hallaban abrazadas, cuando el pintor llegó á interrumpir aquella tierna escena.

—Vamos—dijo con una voz que, á pesar de su afán porque apareciese firme, era trémula:— todos están ya esperándoos en la sala: ya han llegado los Marqueses, doña Tecla y don Atilano. Vamos, venid: también el señor Cura ha enviado á decir que ya espera en la parroquia.

Modesta y su madre enjugaron sus ojos y salieron á la pobre salita donde recibía sus escasas visitas la esposa del pintor.

Berta se hallaba sentada en el sofá, al lado de la humilde doña Tecla, que seguía vestida, según costumbre, con su traje de alepín carmelita, su gorrita blanca y su mantilla de tafetán adornada de una blondita. Aquel semblante apacible, y bien

pudiéramos decir santo, no había perdido la expresión de cándida dulzura que la animaba dos años antes; sólo la escasez, las privaciones y el asiduo trabajo á que aquella pobre señora se entregaba, le habían vestido de una palidez más intensa y que tenía algo de enfermiza; sus dulces y tranquilos ojos azules se habían hundido; su frente había adquirido la tersura amarillenta del marfil: era un alma, y no un cuerpo, y se adivinaba que no estaba lejos el día en que debía volar al cielo.

Don Atilano presentaba también pocas variaciones en su alta y delgada persona: la calma de su carácter le hacía de una blandura extrema; apenas sabía el buen señor una palabra de las pasiones ó de las borrascas de la vida: desde los doce años no había pisado un teatro; quince tenía cuando entró la última vez en un café; á pesar de sus sesenta y ocho años, don Atilano Carmona se hallaba aún en la edad de la inocencia: todavía se ruborizaba al mirarle á la cara una mujer durante un segundo.

El aseo de su flaca y venerable persona era extremado: una larga levita de paño azul, hecha diez y seis años hacía, y blanca ya en las costuras, envolvía su delgado talle, y velaba una parte de sus prolongadas piernas; un chaleco de piqué,

color de ante, de una limpieza deslumbradora, y de una fecha cercana á la de la construcción de la levita; una camisa de nevada blancura, con un cuello muy almidonado que le llegaba á las orejas; una corbata blanca muy armada y con un lazo cuyas dos puntas imitaban dos orejas de liebre, y un pantalón negro, que pardeaba algún tanto, estrecho y corto hasta dejar ver dos dedos de sus medias de algodón blanco, y sus zapatos de cordobán lustrado, completaban su atavío.

Berta ofrecía con doña Tecla el más perfecto contraste: la Marquesa, desde el casamiento de Dolores, había recobrado la tranquilidad, la animación y la alegría, porque su marido parecía haber olvidado también el fatal capricho que sentía por su joven protegida, y que ya se iba convirtiendo en formal pasión.

Berta estaba más hermosa, más alegre, más animada que nunca: amaba á su marido, y éste era entonces feliz.

La Marquesa vestía de negro, con algunos brillantes que reían locamente en sus pendientes, en sus brazaletes y en un alfiler que sujetaba su gola de encajes.

Su marido vestía igualmente de negro: la palidez de su semblante y el abatimiento de sus mi-

radas habían desaparecido; paseábase á lo largo de la sala con don Atilano, hablando con él de diversos asuntos.

Hay ocasiones en que es de mejor gusto sustituir las reglas de la etiqueta con la confianza, que observarlas estrictamente. Modesta y su madre, al aparecer en la puerta del salón, se sintieron aliviadas de un gran peso al ver al Marqués paseándose como pudiera hacerlo en su propia casa, y á la Marquesa en amigable conversación con doña Tecla.

Al ver á la novia y á su madre, ambas dejaron el sofá.

—¡Oh, qué linda estás, primita mía!—exclamó la Marquesa corriendo hacia la joven y abrazándola con ternura.—Muy favorablemente me había hablado Luciano de ti; pero hasta ahora no he llegado á saber lo que vales.

—¡Señora!—murmuró Modesta toda ruborizada.

—¡Cómo, señoral! ¿No quieres tratarme con franqueza? ¿No soy prima de tu marido? Pues en ese caso lo soy [tuya también: trátame como á tal, ó me enfadaré si no.

—Pues bien, prima mía: digo que me haces demasiado favor, y que las exageraciones, que se

dispensan al amor porque al fin es ciego, debe enmendarlas la amistad.

—¡Oh, qué ingeniosa respuestal—exclamó el Marqués.—Veo, señorita, que, según también nos había asegurado Luciano, su talento es igual á su belleza y á su gracia.

—Aquí está Luciano—dijo Federico, que se había quedado al lado de la puerta.

En efecto: el novio, que se había marchado á vestirse, volvía elegante y severamente ataviado con un rico traje negro.

—Vamos, si estamos todos—dijo:—ya hace rato que nos esperan en la iglesia.

—Tú no vengas, Elena—dijo el pintor:—no harías otra cosa que llorar, y lo mismo Modesta. Créeme: quédate en casa, y recíbenos con alegría, pues una boda no es un entierro.

El Marqués ofreció su brazo á la novia.

El novio ofreció el suyo á doña Tecla.

La Marquesa se asió al de don Atilano.

El padre iba detrás de todos, llevando de la mano á sus dos hijos menores y pudiendo apenas contener el llanto que se agolpaba á sus ojos.

Todos subieron á los tres carruajes que esperaban á la puerta; los novios y sus padrinos, á la berlina de éstos.

Doña Tecla, con los dos niños, á la berlina de alquiler que había traído á Luciano.

Don Atilano y el pintor, á otra de alquiler también.

Un cuarto de hora después, los novios, con las manos enlazadas, recibían, á los pies del venerable Cura de San Marcos, la bendición nupcial que enlazaba para siempre sus destinos.

La comida fué alegre, á pesar de la tristeza de Elena, cuyo corazón se partía de dolor al pensar en que iba á separarse de su hija.

Todos, y los Marqueses los primeros, hicieron perfectamente los honores á la sencilla comida de boda, servida en loza blanca y nueva, muy humilde, pero muy limpia.

—¿Conque se halla usted jubilado, señor Carmona?—preguntó á los postres el Marqués á don Atilano.

—Sí, señor Marqués—respondió éste:—ya hace algunos años.

—¿Y con qué haber?

—Me han dejado seis mil reales.

—¡Es bien poco!—dijo Berta fijando sus hermosos ojos en su marido con una expresión muy significativa.

—Somos poca familia, señora Marquesa—ob-

servó doña Tecla, que era bastante orgullosa:—sólo los dos y la viuda de nuestro hermano menor.

—Que está paralítica—añadió muy condolida Elena.

—¡Dios mío! ¡Dos ancianos y una enferma!—murmuró dolorosamente la Marquesa.

—Vamos á ver, señor Carmona—dijo el Marqués:—¿quiere usted aceptar un empleo en mi casa? Me haría en ello un gran favor, porque necesito una persona de toda confianza: tengo oficinas para la administración de mis bienes, que son cuantiosos, me hace falta un cajero que guarde los valores, y que el primer día de cada mes pague á los empleados: ¿quiere usted ser este cajero? Le ofrezco doce mil reales de sueldo, que hacen diez y ocho con los seis que el Gobierno le da.

El pobre anciano no supo responder; su natural apocado y pusilánime se dió á conocer entonces, porque juntó las manos y se puso á derramar lágrimas sin acertar á decir una sola palabra.

—Vaya, está dicho—observó la Marquesa:—hoy es último de mes.—Señor Carmona, desde mañana empieza su cargo de usted: desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde; así podrá cuidar mejor á la pobre enferma.

—¡Buena prenda es!—murmuró el pintor, que no podía sufrir á doña Angustias.

—Ahora vamos á acompañar á los novios á su casa, y nosotros á la nuestra—dijo la Marquesa: —hace ya mucho rato que no veo al niño.

La Marquesa se levantó, y todos la imitaron, saliendo poco después para casa de los novios, donde los esperaba ya una joven sirvienta buscada por Tomasa, y de las excelentes prendas que aún se hallaban entonces.

—Mañana—dijo la Marquesa—vendré á admirar, mis queridos primos, vuestro delicioso nido. Ahora quedad con Dios.

Berta abrazó á la nueva esposa, subió al carruaje con su marido y se alejó.

Los padres subieron con sus hijos y con sus viejos amigos: la madre encendió la lámpara del dormitorio por su misma mano, cerró las maderas de los balcones y arregló todos los pormenores de la casa para la comodidad de los jóvenes esposos; ordenó á la criada cómo había de prepararles el desayuno con arreglo á su gusto, y luego abrazó de nuevo á su hija, conteniendo sus lágrimas.

—Vamos, mujer, que ya me duele verte llorar tantas horas seguidas—dijo el pintor á su espo-

sa.—Hijos, hasta mañana: vosotros y nosotros comeremos con doña Tecla y don Atilano en casa del Marqués.

Doña Tecla, Cesarina y Federico abrazaron á Modesta, y aun don Atilano se atrevió á estrecharle la mano, no sin ponerse muy colorado.